

El Viejo Mundo construye el Nuevo. La historia de la Guastavino Company, rememorada por la Universidad de Columbia

Carlos Flores

Durante el pasado año tuvieron lugar, en la ciudad de Nueva York, dos muestras consecutivas sobre la figura y la obra de los constructores Rafael Guastavino Moreno (1842-1908) y Rafael Guastavino Expósito (1872-1950), nacidos en Valencia y Barcelona, respectivamente, y fallecidos ambos en Norteamérica después de haber desarrollado en aquel país una extraordinaria labor –tanto en cantidad como en calidad–, apenas conocida dentro del ámbito arquitectónico español.

Ambas exposiciones fueron organizadas por personas y entidades estrechamente relacionadas con la Universidad de Columbia, y ofrecieron el carácter de homenaje póstumo, cordial y merecidísimo a uno de sus miembros más destacados, el profesor George R. Collins (1917-93), al que es preciso considerar como el redescubridor y principal estudioso de la obra de los Guastavino, homenaje motivado –según la dedicatoria del libro-catálogo– por su pasión profunda, visión amplia y perseverancia ilimitada, puestas en juego a lo largo de toda su trayectoria como investigador y profesor universitario. Collins, a partir de su primer viaje a Chile en la década de los 50 –donde conocería a la que llegaría a ser su esposa y colaboradora, Christiane Crasemann Collins– tomaría contacto con un grupo de antiguos estuasiastas seguidores de las ideas de Soria y Mata sobre ciudades lineales; y a partir de ese momento, España comenzaría a suponer el punto focal que le permitiría abordar y conectar temas y personajes diversos relacionados con la arquitectura y el urbanismo de nuestro país.

Su profundización en los fundamentos estructurales de la

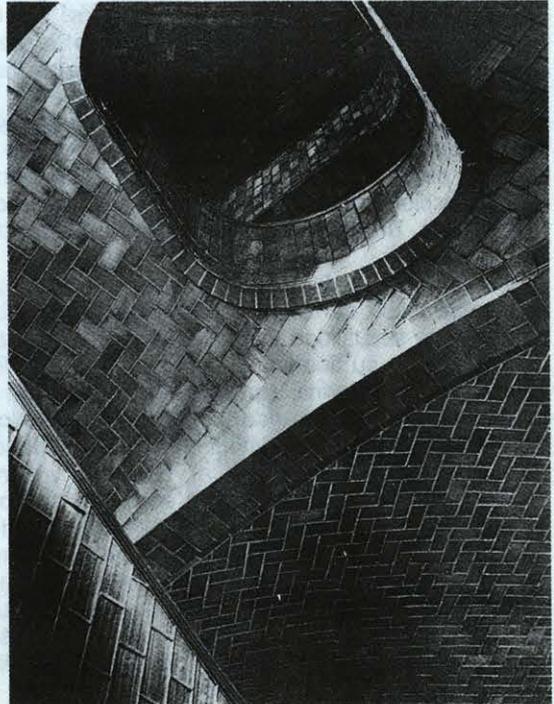
arquitectura gaudiana facilitaría su acceso al tema de las bóvedas tabicadas y, tras la pista de tal sistema estructural, el encuentro con la obra norteamericana de los Guastavino y el último período de la Guastavino Company, que a través de casi ocho decenios había ido construyendo en los Estados Unidos innumerables muestras de una interesante y muchas veces sorprendente labor, llevada a cabo por los Guastavino bien en solitario, bien en colaboración con algunos de los más destacados arquitectos de la época, entre ellos McKim, Mead and White, Cass Gilbert, Warren and Wetmore, Woorhes, Gmelin and Walker, Carreré and Hasting, Ernest Flagg, Bertram Goodhue, Richard Morris Hunt, etc. en cuyas obras participaron bajo el doble aspecto de constructores y proyectistas de estructuras abovedadas.

Guastavino senior –valenciano de origen, como se ha señalado– había cursado en Barcelona estudios superiores, graduándose como Maestro de Obras, un título que antes de que las escuelas de arquitectura aparecieran como entidad autónoma, independiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, representaba un grado intermedio entre lo que luego serían los de aparejador y arquitecto. Parece que durante sus años de formación profesional, Guastavino Moreno se había sentido muy interesado por una obra francesa publicada décadas atrás, de la que existía traducción española: “Manière de rendre toutes sortes d’edifices incombustibles”. Con ella, no sólo conoció el procedimiento de obtener construcciones incombustibles, sino la forma de que tal condición se cumpliera de un modo sencillo y



Cúpulas construidas en U.S.A. por la Guastavino Company hasta 1915

Baker Hall, Carnegie Institute of Technology. (1914-19) Pittsburg, Pa



La propia imagen. El vientre o la dignidad del arquitecto

económico. Tales serían los dos postulados sobre los que la Guastavino Company basaría toda su actuación futura.

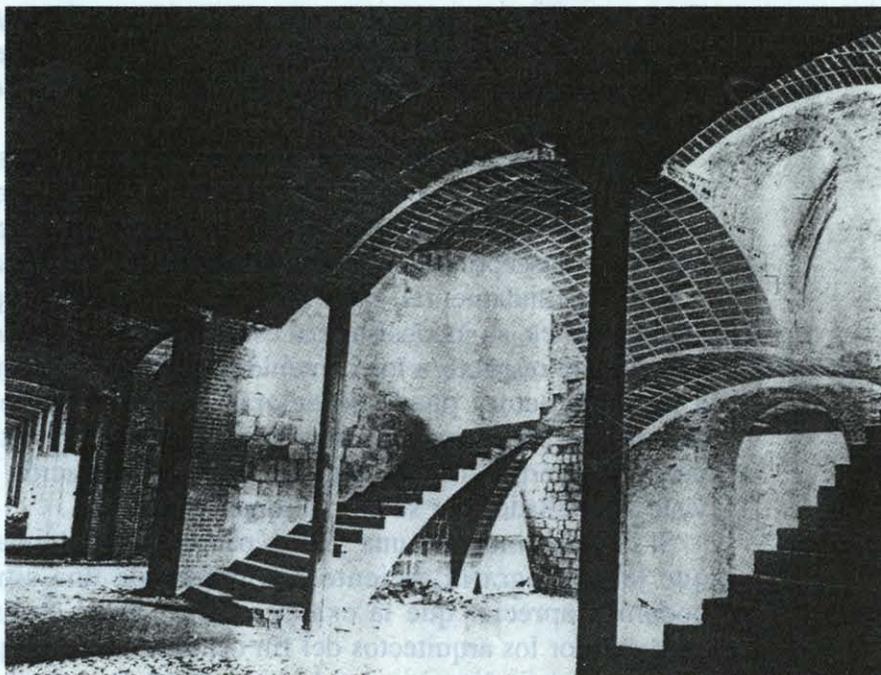
En una Cataluña que durante la segunda mitad del siglo XIX se estaba situando a la cabeza de España en cuanto a su incorporación a la revolución industrial estos dos principios básicos —construcción económica/construcción incombustible— atraerían hacia la firma de Guastavino toda la atención de ese nuevo empresariado industrial que estaba poniendo los cimientos de una Cataluña próspera y moderna. El gran mérito de Guastavino residió en conseguir que aquellas dos condiciones óptimas se cumplieran sin más que hacer uso de una técnica tradicional, ampliamente conocida y experimentada en el país desde tiempo inmemorial: la técnica de las bóvedas ligeras de ladrillo. Esta técnica, pese a su indiscutible interés, venía siendo por entonces más estimada por albañiles y artesanos que por los propios arquitectos. Y Guastavino la desarrollaría en todas sus variedades de rosca y nervadas, utilizando materiales tan usuales y sencillos como el ladrillo cerámico en sus diversas formas y los morteros de hormigón o yeso, según las condiciones de fraguado rápido o lento precisas en cada caso.

El camino americano se abrió para Guastavino Moreno a partir del trabajo presentado con motivo del Centenario de la fundación de Filadelfia, en 1876. Sus métodos y sistemas de construcción incombustible —de los que llegaría a patentar más de veinte modalidades— causaron auténtico impacto en un país volcado hacia cualquier innovación capaz de mejorar las soluciones convencionales. Guastavino, al principio de su cuarta década de existencia, con su esposa y un hijo de corta edad se instala definitivamente en los Estados Unidos. El triunfo profesional y económico será rotundo en pocos años; su hijo se incorporará a la firma llegando a ser su presidente entre 1908-1950.

Pocos años después, sin embargo, los Guastavino aparecen en U.S.A. poco menos que olvidados y prácticamente ignorados también en el ambiente español (una excepción vendría dada por el arquitecto Luis Moya Blanco, que cita y documenta su labor en el libro "Bóvedas Tabicadas").

En ese tiempo, principio de los años sesenta, el profesor George R. Collins, al hilo de las bóvedas tabicadas de Gaudí, tomará contacto con A.M. Bartlett, a la sazón presidente de la Guastavino Company, entidad que, fallecidos ambos fundadores, se halla en una etapa de literal liquidación. Collins comprenderá enseguida el enorme valor histórico del Archivo Guastavino y logrará que a la clausura de la Compañía sea cedido a la Universidad de Columbia, entidad que lo mantiene a la disposición de estudiosos e investigadores desde el mismo año, 1963, de su donación.

Más de 2.600 dibujos originales dan idea de la importancia del archivo, a la vez que documentan la asombrosa labor de estos hoy casi olvidados pioneros, cuya obra, a veces semioculta a veces espectacular y evidente, quedará como una valiosa y singular aportación de carácter esencialmente artesanal del Viejo Mundo a aquella Norteamérica que había iniciado ya un Tiempo Nuevo de cada vez más sorprendentes e innovadoras conquistas tecnológicas. ■



Seminario de San José; Yonkers, N.Y. 1891

City Hall Subway Station; Nueva York, 1904

